

do la población árabe actual y setecientos mil refugiados, unos dos millones de habitantes.

¿Sería, sin embargo, viable este Estado? De las discusiones ya iniciadas sobre el tema parecen extraerse suficientes argumentos positivos. La Cisjordania es una región agrícola rica, el sector industrial no está apenas desarrollado y los servicios absorben la mayor parte del empleo. Se piensa, con realismo, que no iban a faltar las inversiones procedentes de los países árabes productores de petróleo para crear la infraestructura necesaria para relanzar la industria, las comunicaciones, etc. No puede ignorarse que existe suficiente mano de obra especializada, así como técnicos, científicos y hombres de empresa, distribuidos por todo el mundo, que harían posible la puesta en marcha de un Estado moderno. Se evalúan en unos 12.000 millones de dólares las inversiones necesarias para posibilitar un desarrollo autónomo; y ésta no es una cifra ni astronómica ni difícil de conseguir como ayuda o préstamo.

Con un desarrollo equilibrado, la población podría ascender hasta seis millones, sin producir problemas de saturación o de incapacidad económica. A este respecto, economistas israelíes y palestinos trabajan, por encargo de grupos europeos amigos de una solución durable en el Medio Oriente, diseñando las pautas de desarrollo económico que podrían aplicarse en el Estado palestino.

### ¿Encenderá la Cisjordania la quinta guerra?

Menachen Begin no piensa pasar por un "Estado Arafat", como él mismo llama al proyecto de Estado palestino. El programa del Likud califica a la OLP de "organización de asesinos, instrumento político y arma al servicio de los Estados árabes y que sirve a las ambiciones del imperialismo soviético". Ezer Weizman, nuevo ministro de Defensa, no ha tardado en tomar postura con respecto a Cisjordania, considerándola "parte integrante de Israel". En sus conversaciones con el Presidente Carter, el "premier" israelí se ha mostrado

irreductible con la soberanía cisjordana.

Las posibilidades de paz decrecen y Begin, por su historial y sus planteamientos, parece capaz de reducirlas al mínimo. De momento no parece posible que se reúna en octubre la Conferencia de Ginebra si no asiste un representante de la OLP. El nuevo Gobierno israelí no oculta su disposición hacia nuevos arreglos fronterizos con Egipto y Siria, a cambio de tratados formales de reconocimiento y de paz. Con el apaciguamiento del fervor panárabe de estos dos países y la escasa entidad política de Jordania, Israel no se ve forzado a negociar la Cisjordania; por ello, acelera la construcción de nuevas colonias, que harán más difícil el intento de devolución.

¿Quién, entonces, avalará a los palestinos? La previsible trayectoria de provocaciones puede modificar el panorama, sobre todo si continúan las dificultades internas de los países de la primera línea de combate. Por otra parte, también es posible que, para garantizar la asimilación definitiva de la Cisjordania, Israel desencadene otro conflicto, parcial o general, que aleje definitivamente toda reivindicación territorial palestina.

Washington vacila en este escenario y recuerda, con timidez, que la Cisjordania también es negociable. Pero Carter parece hipnotizado por el magnetismo fanático de Begin y no parece dispuesto a hacer valer la inmensa capacidad de presión que los Estados Unidos poseen respecto a Israel. En los actuales momentos, otra guerra supondría el hundimiento económico israelí, ya que ni la ayuda americana consigue sacar del atolladero a un país que vive exclusivamente del esfuerzo bélico, sin recursos propios. Se dice que solamente en 1980 podría recuperar Israel el ritmo de crecimiento anterior a 1967, siempre que no estalle otro conflicto.

Quizá esta ratonera fuerce a la guerra. El alcalde de Nablús, al conocer la victoria de los nacionalistas del Likud, no dudó en advertir: "Tendremos otra guerra en plazo breve". La humillación que para todo el mundo árabe supone la anexión de la Cisjordania habrá de resultar trágica. ■ P. C. M.

